La amenaza

En cada tablero, las letras J, K, L, M y N representan un rey, una dama, una torre, un alfil y un caballo de ajedrez, aunque no necesariamente en este orden. Los números indican cuántas de tales piezas amenazan esa casilla. Descubra, para cada tablero, qué pieza es cada letra.

SOLUCION / Pág. 4



VAGOS RECUERDOS

· Página/2/3

Verano/12

ANTICIPO

(Por Joaquín Vidal) Todo en la vida es cíclico: naces, creces, envejeces, mueres; primavera, verano, otoño, invierno; la Semana Santa, las Navidades, la playa.

Parece mentira, pero gran parte de la Humanidad no advierte su fatal dependencia de los ciclos vitales, y así le sucede, que se va dando de coscorrones.

Alguien dijo: el ser humano es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra. Se quedó corto, pues tropieza, no dos veces, sino cuantas hagan falta. Algo que no les ocurre a los restantes animalitos de la Creación. Un pollo —pongamos por caso—, si tropieza con una piedra, cuando vuelve a encontrarla bate alas y se aleja cacareando.

Cuántos seres humanos habrán amanecido hoy jurando que no volverán a repetir la locura de las pasadas Navidades, con sus disparatados gastos en exóticas viandas, bebidas espirituosas, serpentinas y espumillones, y la coda delirante de los Reyes Magos, todo lo cual les ha producido fatiga física, quebranto psíquico y un desastre económico de imposible recuperación. Y tanta desmesura, para nada; para volver a encontrarse —hoy, sin ir más lejos— en la sórdida realidad de la oficina, junto a unos compañeros de trabajo que están en la misma situación y sin ganas de ruidos.

Pero ya pueden jurar lo que quieran: el año que viene volverá a ser igual, fatalmente. Hay veces en que uno mira a los animalitos de la Creación y siente envidia. Por ejemplo: jamás un pollo ha tenido la traumática necesidad de comparecer ante el cajero e implorarle un anticipo, como sucede en el ciclo vital de los seres humanos, cada año por estas fechas.

O sea, que la única solución para pasar el mes de enero sin pedir un anticipo es convertirse en pollo y recluirse en un corral con las gallinas. Yo no veo otra, por más vueltas que le doy al asunto.

Fernando de Giovanni nació en La Pampa en 1945. Fue periodista, publicitario y maestro rural. Actualmente es guionista del programa de televisión "Canal K". Publicó poesía (1962), "Keno" (novela, 1969) y "A la final", una historia que se estrenó en teatro en 1979. Además participó en la antología de cuentos de la colección "Ultimos relatos" (1982) y en 1987 ganó el premio Más Allá de ciencia-ficción con "El hombre que vio el caballo". El cuento que se publica a continuación es inédito.

Por Fernando de Giovanni

VAGOS RECUERDOS

Allá por el año 1977 estuvieron a punto de fusilarme. Era un incidente bastante común en esas épocas de barbarie. Tiempos en los que hacer pasar electricidad por los testículos, arrancar uñas o sofocar en excrementos eran cosa frecuente en los interrogatorios y detenciones. Después de las investigaciones de Rudells y Losay, toda esa violencia parece de una estupidez abrumadora. Pero ellos recién ganaron el Nobel de Ciencias en 1994.

Veinte años antes, las cosas eran muy distintas. Recuerdo muy bien aquella época posiblemente porque mi memoria de viejo no se ocupa ya de cosas inmediatas. Ella olvida rápidamente los nombres de mis visitantes o me hace buscar por toda la casa la copa que tengo en la mesa. Pero cuando alumbra un rincón de hace 50 o 60 años registra los más pequeños y asombrosos detalles. Veo claramente las flores azules del vestido de una novia —antigua palabra— o los detalles del afiche publicitario de una bebida para adolescentes.

Sesenta años atrás es caer en aquellos días turbios y ensordecedores de los años 70. La única ventaja que le encuentro es la agilidad que había en mis piernas y cierto primitivo fervor. Lo de mis piernas es un beneficio absolutamente personal. Lo del fervor, creo, estaba más generalizado. La gente ansiaba alcaldes, cracks de fútbol, actores, mariscales que encendieron el fervor. Las guerras, desparramadas por todas partes servían también a ese torpe fin. Hoy parece absurdo que la evidente locura de algún general, el ademán falsamente profético de algún sacerdote o el desmañado palabrerío de un político fueran capaces de arrancar a la gente de sus cosas y llevarlos por calles y avenidas a golpear a otros, a desangrarse en oscuros pantanos o a morir por abstracciones como paz, libertad o patria.

Sé que todo esto lo explican mucho mejor los actuales textos escolares. Para los jóvenes de hoy, comprender el siglo pasado es bastante sencillo. Han reproducido en laboratorio las condiciones de vida que padecemos y entienden que no podíamos dar otras respuestas. He visto en las pantallas esas pruebas —algo con ratas sobre chapas electrizadas, buscando su alimento en laberintos—, es poco lo que recuerdo, porque sucedió hace muy pocos días.

En cambio, qué nítida es la cara alargada de John Lennon, camino a un ensayo, en un viejo sótano. Los jóvenes viajábamos mucho entonces. Eran los años 59/60 y no era demasiado difícil subirse a los viejos barcos que llevaban el ganado desde Buenos Aires a Liverpool, Inglaterra. Las pobres vacas desgarraban el pesado aire de la bodega con sus desdichados mugidos mientras los pequeños polizones —así nos llamaban los marineros— intentábamos darles de comer. Corríamos el riesgo de ser aplastados por esa marea de cueros y astas, pero todos los peligros estaban compensados cuando conseguíamos acercar a los hocicos algunos puñados de alfalfa. El lánguido agradecimiento que iluminaba los ojos del animal era el premio. Ahora recuerdo que entonces comíamos vacas. Ferozmente cierto. Acabo de consultar las *Crónicas del 80* del profesor Pannagius. También advertí en uno de sus documentos informes la manera atroz en que bebíamos en aquellos días.

El ejercicio de recordar la segunda mitad del siglo pasado y dejarlo asentado es bueno para mi familia, palabra que no tiene el mismo significado que tenía entonces. Es bueno porque, mientras me ocupo de estas desmemorias, no siento ganas de rodar por los pasillos y los buenos de los parientes no se ven en la necesidad de empujar mis huesos hasta la celda de limpieza. Ellos trabajan mucho y a menudo siento que sólo ocasiono molestias. Pero cuando los jóvenes vienen de visita y preguntan cosas a través del vidrio, olvido los pequeños inconvenientes y trato que mi historia sea limpia y complaciente.

Nací en tierras de alguien a quien todos llamaban abuelo por los años 1944/47. Nunca supe quiénes fueron mis padres. De mis primeros días en esas tierras recuerdo un enorme establo en el que había 20 o 30 muchachos de mi edad (¿4-5 años?) que disputábamos con las grandes perradas las sobras de asado que tiraba la peonada. Dormíamos alrededor de grandes fuegos.

Los días se nos iban en lustrar infinitos pares de botas. Unas especies de zapatos hechos de cuero (también tributo de la vaca) que protegían el pie y la pierna hasta cerca de la rodilla. El abuelo tenía centenares —miles tal vez— y sus mujeres, que vivían en un sector de la casona, nos las hacían lustrar con una pomada oscura hasta que nuestras caras se espejaran en el cuero. Allí debo haber visto por primera vez esas facciones que muchos años después —envejecidas— reproducirían las páginas de los diarios y revistas.

Recuerdo, ya un poco más grande, el mes de junio. El de los grandes vientos que permitían organizar las carreras de cardos. Los cardos eran o son grandes arbustos redondos y muy livianos cuando estaban secos. Cada uno de los muchachos tenía su cardo y pasaba horas alivianando la copa, adelgazando el tallo y eliminando aristas para que corriese mejor.

Hay que imaginarse la escena. Yo la estoy viendo, pero mis jóvenes visitantes deben pensar en 20 o 25 figuritas semidesnudas, estremecidas por el viento sur abrazando unos grandes globos espinosos. Las figuras se doblan para proteger el cardo mientras la arena les escofina la piel. Ellos sólo tratan de impedir que la divisa que ha correspondido a cada uno se escape. Las divisas son cintas de colores atadas a alguna de las ramas.

El fuego de los asados, un bárbaro ritual en el que se quemaban vacas, corderos, cerdos y hasta pájaros, llenaba el paisaje de humo. Excitados por la ginebra —una bebida de alcohol— y por las apuestas, los peones gritaban y reían como se ve en algunas películas de archivo.

El abuelo surgía entonces sobre un gran caballo blanco. Endomingado —se decía entonces— con triple gualdrapería y todos sus correajes. Una vez escuché a una mujer comentar que "parecía un vals peruano". Esa frase quedó en mi memoria pero nunca pude develar su significado. El caballo blanco cruzaba entre los cardos y el inmenso poncho del abuelo aleteaba sobre las cabezas de los muchachos. Llevaba un arma terrible de dos cañones cruzaba sobre la montura. Detrás del caballo, defendiéndose del viento, el montón de hechiceros y alcahuetes que siempre seguían al abuelo. Creo que los usaba para dar órdenes a los peones o asesinar enemigos. Cuando apretara los gatillos del arma los cardos volarían por el campo y los muchachos atrás, alentándolos.

Una vez, algún junio, mi cardo ganó la carrera. El abuelo acercó el caballo y me arrojó una moneda. Debajo del gran sombrero oscuro le vi la ceniza del bigote. Recogí la primer moneda de mi vida y la mordí como hacían los peones. Todos ustedes han leído *Del dinero* de Mendoz. La moneda que me arrojó el abuelo no figura allí. Pienso que él las acuñaba. Muchos lo hacían entonces. Los peones se burlaban de los muchachos. Nos bautizaban con apodos como "preguntame", "qué te importa", "como vos", "adivinalo", "a que no sabés". Eran muestras de lo que dio en llamarse ingenio nativo. A mí me apodaron "es un secreto". Y hasta que no salí de los campos viví convencido de que ése era mi nombre. Alguna vez



VAGOS RECUERDOS

Fernando de Giovanni nació en La Pampa en 1945. Fue periodista, publicitario y maestro rural. Actualmente es guionista del programa de televisión "Canal K". Publicó poesía (1962), "Keno" (novela, 1969) y "A la final", una historia que se estrenó en teatro en 1979. Además participó en la antología de cuentos de la colección "Ultimos relatos" (1982) y en 1987 ganó el premio Más Allá de ciencia-ficción con "El hombre que vio el caballo". El cuento que se publica a continuación es inédito.

Por Fernando de Giovanni

Allá por el año 1977 estuvieron a punto de fusilarme. Era un incidente bastante común en esas épocas de barbarie. Tiempos en los que hacer pasar electricidad por los testículos, arrancar uñas o sofocar en excrementos eran cosa frecuente en los interrogatorios y detenciones. Después de las investigaciones de Rudells y Losay, toda esa violencia parece de una estupidez abrumadora. Pero ellos recién ganaron el Nobel de Ciencias en 1994.

Veinte años antes, las cosas eran muy distintas. Recuerdo muy bien aquella época posiblemente porque mi memoria de viejo no se ocupa ya de cosas inmediatas. Ella olvida rápidamente los nombres de mis visitantes o me hace buscar por toda la casa la copa que tengo en la mesa. Pero cuando alumbra un rincón de hace 50 o 60 años registra los más pequeños y asombrosos detalles. Veo claramente las flores azules del vestido de una novia —antigua palabra— o los detalles del afiche publicitario de una bebida para adolescentes.

Sesenta años atrás es caer en aquellos días turbios y ensordecedores de los años 70. La única ventaja que le encuentro es la agilidad que había en mis piernas y cierto primitivo fervor. Lo de mis piernas es un beneficio absolutamente personal. Lo del fervor, creo, estaba más generalizado. La gente ansiaba alcaldes, cracks de fútbol, actores, mariscales que encendieron el fervor. Las guerras, desparramadas por todas partes servían también a ese torpe fin. Hoy parece absurdo que la evidente locura de algún general, el ademán falsamente profético de algún sacerdote o el desmañado palabrerío de un político fueran capaces de arrancar a la gente de sus cosas y llevarlos por calles y avenidas a golpear a otros, a desangrarse en oscuros pantanos o a morir por abstracciones como paz, libertad o patria.

Sé que todo esto lo explican mucho mejor los actuales textos escolares. Para los jóvenes de hoy, comprender el siglo pasado es bastante sencillo. Han reproducido en laboratorio las condiciones de vida que padecemos y entienden que no podíamos dar otras respuestas. He visto en las pantallas esas pruebas —algo con ratas sobre chapas electrizadas, buscando su alimento en laberintos—, es poco lo que recuerdo, porque sucedió hace muy pocos días.

En cambio, qué nítida es la cara alargada de John Lennon, camino a un ensayo, en un viejo sótano. Los jóvenes viajábamos mucho entonces. Eran los años 59/60 y no era demasiado difícil subirse a los viejos barcos que llevaban el ganado desde Buenos Aires a Liverpool, Inglaterra. Las pobres vacas desgarraban el pesado aire de la bodega con sus desdichados mugidos mientras los pequeños polizones —así nos llamaban los marineros— intentábamos darles de comer. Corríamos el riesgo de ser aplastados por esa marea de cueros y astas, pero todos los peligros estaban compensados cuando conseguíamos acercar a los hocicos algunos puñados de alfalfa. El lánguido agradecimiento que iluminaba los ojos del animal era el premio. Ahora recuerdo que entonces comíamos vacas. Ferozmente cierto. Acabo de consultar las *Crónicas del 80* del profesor Pannagius. También advertí en uno de sus documentos informes la manera atroz en que bebíamos en aquellos días.

El ejercicio de recordar la segunda mitad del siglo pasado y dejarlo asentado es bueno para mi familia, palabra que no tiene el mismo significado que tenía entonces. Es bueno porque, mientras me ocupo de estas desmemorias, no siento ganas de rodar por los pasillos y los buenos de los parientes no se ven en la necesidad de empujar mis huesos hasta la celda de limpieza. Ellos trabajan mucho y a menudo siento que sólo ocasiono molestias. Pero cuando los jóvenes vienen de visita y preguntan cosas a través del vidrio, olvido los pequeños inconvenientes y trato que mi historia sea limpia y complaciente.

Nací en tierras de alguien a quien todos llamaban abuelo por los años 1944/47. Nunca supe quiénes fueron mis padres. De mis primeros días en esas tierras recuerdo un enorme establo en el que había 20 o 30 muchachos de mi edad (¿4-5 años?) que disputábamos con las grandes perradas las sobras de asado que tiraba la peonada. Dormíamos alrededor de grandes fuegos.

Los días se nos iban en lustrar infinitos pares de botas. Unas especies de zapatos hechos de cuero (también tributo de la vaca) que protegían el pie y la pierna hasta cerca de la rodilla. El abuelo tenía centenares —miles tal vez— y sus mujeres, que vivían en un sector de la casona, nos las hacían lustrar con una pomada oscura hasta que nuestras caras se espejaran en el cuero. Allí debo haber visto por primera vez esas facciones que muchos años después —envejecidas— reproducirían las páginas de los diarios y revistas.

Recuerdo, ya un poco más grande, el mes de junio. El de los grandes vientos que permitían organizar las carreras de cardos. Los cardos eran o son grandes arbustos redondos y muy livianos cuando estaban secos. Cada uno de los muchachos tenía su cardo y pasaba horas alivianando la copa, adelgazando el tallo y eliminando aristas para que corriese mejor.

Hay que imaginarse la escena. Yo la estoy viendo, pero mis jóvenes visitantes deben pensar en 20 o 25 figuritas semidesnudas, estremecidas por el viento sur abrazando unos grandes globos espinosos. Las figuras se doblan para proteger el cardo mientras la arena les escofina la piel. Ellos sólo tratan de impedir que la divisa que ha correspondido a cada uno se escape. Las divisas son cintas de colores atadas a alguna de las ramas.

El fuego de los asados, un bárbaro ritual en el que se quemaban vacas, corderos, cerdos y hasta pájaros, llenaba el paisaje de humo. Excitados por la ginebra —una bebida de alcohol— y por las apuestas, los peones gritaban y reían como se ve en algunas películas de archivo.

El abuelo surgía entonces sobre un gran caballo blanco. Endomingado —se decía entonces— con triple gualdrapería y todos sus correajes. Una vez escuché a una mujer comentar que "parecía un vals peruano". Esa frase quedó en mi memoria pero nunca pude develar su significado. El caballo blanco cruzaba entre los cardos y el inmenso poncho del abuelo aleteaba sobre las cabezas de los muchachos. Llevaba un arma terrible de dos cañones cruzaba sobre la montura. Detrás del caballo, defendiéndose del viento, el montón de hechiceros y alcahuetes que siempre seguían al abuelo. Creo que los usaba para dar órdenes a los peones o asesinar enemigos. Cuando apretara los gatillos del arma los cardos volarían por el campo y los muchachos atrás, alentándolos.

Una vez, algún junio, mi cardo ganó la carrera. El abuelo acercó el caballo y me arrojó una moneda. Debajo del gran sombrero oscuro le vi la ceniza del bigote. Recogí la primer moneda de mi vida y la mordí como hacían los peones. Todos ustedes han leído *Del dinero* de Mendoz. La moneda que me arrojó el abuelo no figura allí. Pienso que él las acuñaba. Muchos lo hacían entonces. Los peones se burlaban de los muchachos. Nos bautizaban con apodos como "preguntame", "qué te importa", "como vos", "adivinalo", "a que no sabés". Eran muestras de lo que dio en llamarse ingenio nativo. A mí me apodaron "es un secreto". Y hasta que no salí de los campos viví convencido de que ése era mi nombre. Alguna vez recibí golpes por darlo como respuesta. Ahora, todos me llaman el viejo o la escoria. Hermosos nombres.

Hasta este tiempo de ustedes yo no sabía para qué me pasaron todas esas cosas. Después me di cuenta de que aquel que era yo por los 1960 estaba fabricando estos recuerdos. Que esos dolores, euforias y aventuras les estaban destinados. Hasta ese incomprensible y por lo tanto inexplicable juego que llamábamos amor. Cuando apagan las luces y los visitantes se marchan hay una sola gran mujer cerrándome los ojos. No sé quién fue.

Temo aburrir con mis historias pero lo cierto es que no puedo detenerme. Hablar y hablar en esta jaula de vidrio hasta que alguna orden superior me acalle. ¿A quién puede interesarle, pregunto, esas desdichadas anécdotas que un desdichado proyecto de individuo en una geografía que sólo en sus meridianos y paralelos se corresponde con la de aquellos tiempos? No tengo respuesta. A los jóvenes no les resulta fácil imaginar todas las horas que pasábamos entonces dentro de unos cubiles de metal y petróleo que llamaban automóviles. Nunca podré contar el olor de la nafta por más que he intentado mezclas de azufre y ruda macho, maceramiento de hojas, flores y alumbre. El olor de la nafta es irrecuperable en mi memoria. Fue uno de esos espantosos vehículos, con el estómago revuelto por los vahos de la nafta, que salí de los campos del abuelo. Vi entonces, dentro de lo que me permitía el mareo que me provocaban los olores y la tremenda velocidad, larguísimas extensiones de tierra siempre salpicadas de vacas. Después paredes. Inmensas paredes con aberturas simétricas. Y gris. Todo el gris que puede ponerse sobre las cosas como para demostrar inexorablemente que era imposible que se diese, en ese lugar, alguna forma de la felicidad. Llamábamos a eso, ciudad. El mismo nombre que hoy —según tengo entendido— reciben las blancas cúpulas con su dulce orden de cementerio. Por absurdo que les parezca yo creía entonces que aquello era hermoso. Vagabundeé mucho por ese paisaje que llamaré ciudad con el permiso de ustedes. Trabé relación con bandoleros, vendedores, cartógrafos, hombres de seguridad, soldados, marinos, presidentes, presidiarios y caminantes.

Y también mujeres. Esa palabra me endulzaba la boca. Me gustaba verlas bajo las arcadas de las recovas entre tantos objetos como había entonces. Muebles y colecciones de baldes de plásticos, macetas y herramientas metálicas, sifones y bicicletas desarmadas. Detrás de cada una de esas cosas siempre una mujer ofreciendo venderlas. Había tornillos y postales, pequeños pájaros pintados, pinceles y flores de papel, botones —que se usan para abrochar y desabrochar las ropas—, bebidas alcohólicas, dulces, tabaco, pipas talladas en raíces de algarrobo, adobos, perfumes y todos los inútiles elementos que puedan imaginar.

Entre esos objetos las mujeres eran como muñecos de trapo de colores tajeadas con una navaja para dejar salir el algodón. De ellas, de algún modo, extraíamos una materia cálida e invisible. Sé que se complican mis palabras, que las historias se parecerán casi siempre a un borracho yendo hacia la niebla.

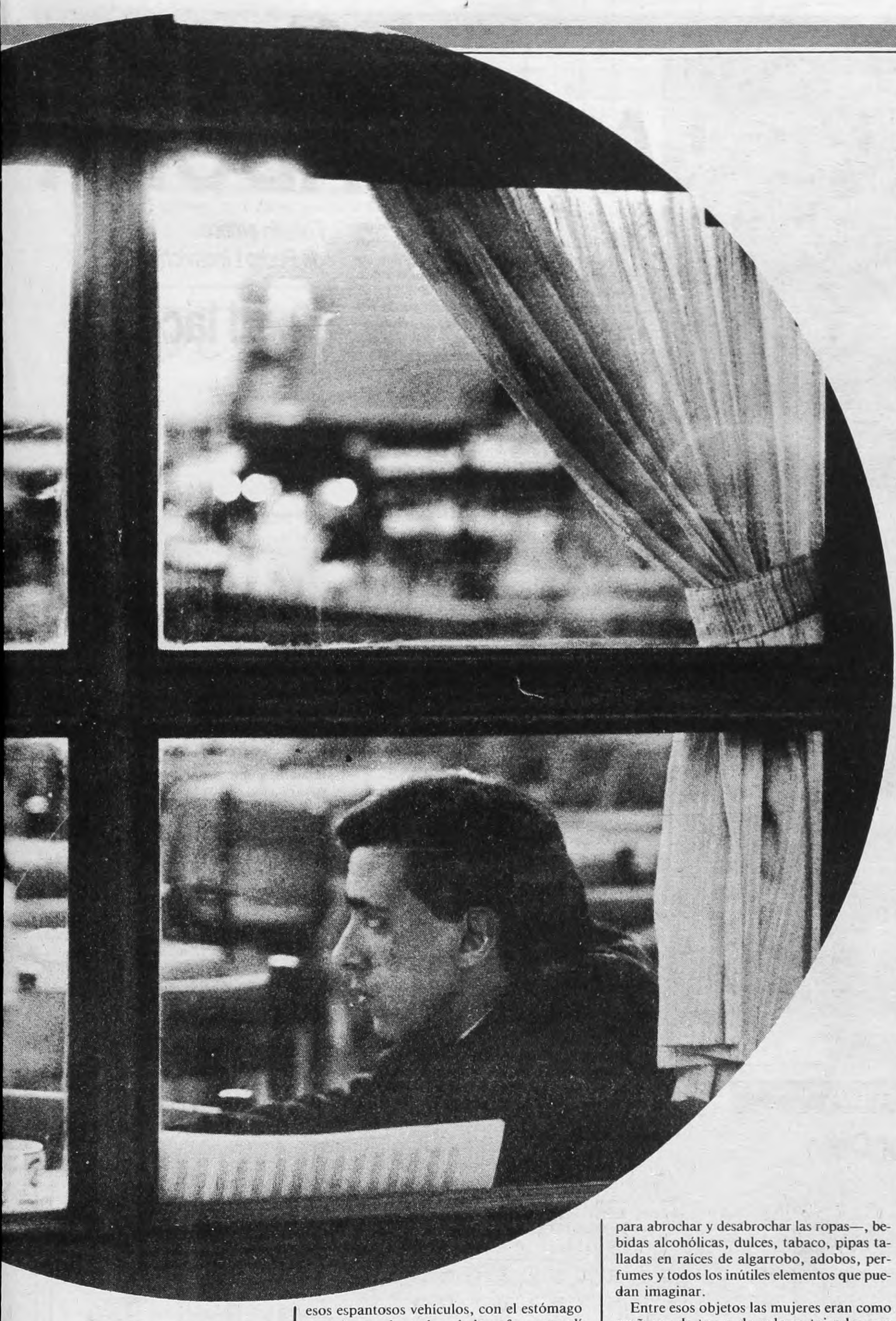
Vuelvo a la recova y a sus escaleras que conducían a ninguna parte. A ese oscuro laberinto de pasillos y puertas entreabiertas. Atravesarlas significaba encontrar una nueva escalera con media docena de escalones ausentes, o sorprender el último gesto de una estrangulada. Alguna vez encontré una niña atada a la pata de su cama jugando con un balero (los baleros eran esferas de madera con un agujero. De la esfera salía un hilo que la unía a un pequeño palo. El truco consistía en introducir el palo en el agujero mientras la esfera giraba libremente. Otra metáfora, como casi todo en aquellos años). Fue mi amiga. Mi novia. Nos sentábamos al borde de la cama y jugábamos. Cuando yo me iba ella se ponía a tejer un abrigo para su muñeca. Nunca llegó a terminarlo porque lo destejía por las noches ovillando prolijamente la única lana con la que contaba y atravesando después las agujas por el centro del ovillo.

Un bombardeo o una demolición —los resultados eran muy parecidos— hizo desaparecer la recova y a mi amiga. Reemplazaron las sólidas casonas con una de esas ágiles y afortunadamente efímeras avenidas que enorgullecían a los ingenieros de la década del 70. Enormes trabajos para nada. Cuando se produjo la prohibición del automóvil y de otro medio similar, las avenidas quedaron tiradas sobre la tierra como las serpentinas de un carnaval de locos. Alcancé a verlas cubiertas de yuyos. No sé si vi o escuché en *La lección de los pájaros* de Candell el sonido de un malvón creciendo en la grieta del asfalto.

El lugar de mi amiga fue ocupado por otros cuerpos. Todos ustedes conocen, por estampas y comentarios, aquella vieja enfermedad que designábamos amor. Una especie de fiebre que nos impulsaba a fregarnos unos contra otros a través de empalagosas ceremonias de asedio y captura. Hembras y machos, contrariando todas las leyes biológicas, nos acosábamos continuamente como animales en perpetuo celo. El disgusto y a menudo la franca repugnancia eran el fin de un camino poblado de señales de agonía confundidas con signos de felicidad. Fui verdugo y víctima, por lo tanto es poco lo que puedo decir del tema. Como todo ahorcado nada bueno puedo apreciar en las cuerdas.

Cuando en 1977 fui capturado por una de las brigadas de limpieza y llevado al famoso matadero municipal hubo alguien que lloró por mí. No recuerdo ni su nombre, ni su sexo. Sin embargo tengo presente las torpes caras de los fusiladores, el ridículo juicio en medio de un basural con el juez sentado sobre un artefacto sanitario y el fiscal apuntándome con una botella de vino. Un grupo de vagabundos acostados entre los desperdicios hacía anotaciones y me insultaba. Me acusaban de no tener propiedad, de no saber manejar automóviles, de un pasado incierto. Por cargos menores habían fusilado a centenares, así que no había posibilidades para mí. Alguien, tal vez esa persona que lloró, consiguió confundir las anotaciones o aplicar un sello más en uno de los biblioratos. En mi lugar fusilaron a un borracho muy delgado que se había quedado dormido contra una pila de escombros. Lo pusieron de pie para dispararle pero el borracho se deslizaba al suelo antes que el pelotón pudiera formarse. Finalmente uno de los carpinteros que contemplaba la ejecución sacó martillo y clavos y lo fijó a la pared. Una de las balas debió arrancar uno de los clavos porque el brazo derecho se descolgó después de la descarga.

Esa misma noche descubrí la seguridad de los cafetines. Me di cuenta de que bastaba quedarse sentado a una mesa con una copa delante para que nada ni nadie me molestara. Tuve la precaución de ubicarme frente a una vidriera, tal como estoy ahora y dejar que el tiempo corriera. Fue, lo sospecho, un gesto desmesuradamente optimista. Los de afuera no dejaron de informarme y a través de la vidriera era imposible no percibir los cambios de gobiernos, las guerras disparatadas. En esa mesa me anunciaron el fusilamiento de Lennon y el atentado contra Gardel. Desde allí asistí a la extinción de los futbolistas, los automóviles, el petróleo y los amantes. Creo que mis piernas se atrofiaron de tanto estar sentado. En mis ojos, en mi cabeza hay un gran charco donde se ahogaron infinitos nombres. Los paisajes en cambio son nítidos. Esta mesa y este cristal a través del cual ustedes me miran no son —ni remotamente— parecidos a los del cafetín. En aquel vidrio había unas letras invertidas y unas viejas cortinas que alguna vez ardieron a causa de un tiroteo o de unos fósforos. De cualquier modo, hablar ante una mesa, tener un vidrio delante, saber que alguien apagará las luces y creerá que duermo es tranquilizador. El miedo, ese viejo perro, aún se ovilla entre mis piernas.



recibí golpes por darlo como respuesta. Ahora, todos me llaman el viejo o la escoria. Hermosos nombres.

Hasta este tiempo de ustedes yo no sabía para qué me pasaron todas esas cosas. Después me di cuenta de que aquel que era yo por los 1960 estaba fabricando estos recuerdos. Que esos dolores, euforias y aventuras les estaban destinados. Hasta ese incomprensible y por lo tanto inexplicable juego que llamábamos amor. Cuando apagan las luces y los visitantes se marchan hay una sola gran mujer cerrándome los ojos. No sé quién fue.

Temo aburrir con mis historias pero lo cierto es que no puedo detenerme. Hablar y hablar en esta jaula de vidrio hasta que alguna orden superior me acalle. ¿A quién puede interesarle, pregunto, esas desdichadas anécdotas que un desdichado proyecto de individuo en una geografía que sólo en sus meridianos y paralelos se corresponde con la de aquellos tiempos? No tengo respuesta. A los jóvenes no les resulta fácil imaginar todas las horas que pasábamos entonces dentro de unos cubiles de metal y petróleo que llamaban automóviles. Nunca podré contar el olor de la nafta por más que he intentado mezclas de azufre y ruda macho, maceramiento de hojas, flores y alumbre. El olor de la nafta es irrecuperable en mi memoria. Fue uno de esos espantosos vehículos, con el estómago revuelto por los vahos de la nafta, que salí de los campos del abuelo. Vi entonces, dentro de lo que me permitía el mareo que me provocaban los olores y la tremenda velocidad, larguísimas extensiones de tierra siempre salpicadas de vacas. Después paredes. Inmensas paredes con aberturas simétricas. Y gris. Todo el gris que puede ponerse sobre las cosas como para demostrar inexorablemente que era imposible que se diese, en ese lugar, alguna forma de la felicidad. Llamábamos a eso, ciudad. El mismo nombre que hoy —según tengo entendido— reciben las blancas cúpulas con su dulce orden de cementerio. Por absurdo que les parezca yo creía entonces que aquello era hermoso. Vagabundeé mucho por ese paisaje que llamaré ciudad con el permiso de ustedes. Trabé relación con bandoleros, vendedores, cartógrafos, hombres de seguridad, soldados, marinos, presidentes, presidiarios y caminantes.

Y también mujeres. Esa palabra me endulzaba la boca. Me gustaba verlas bajo las arcadas de las recovas entre tantos objetos como había entonces. Muebles y colecciones de baldes de plásticos, macetas y herramientas metálicas, sifones y bicicletas desarmadas. Detrás de cada una de esas cosas siempre una mujer ofreciendo venderlas. Había tornillos y postales, pequeños pájaros pintados, pinceles y flores de papel, botones —que se usan para abrochar y desabrochar las ropas—, bebidas alcohólicas, dulces, tabaco, pipas talladas en raíces de algarrobo, adobos, perfumes y todos los inútiles elementos que puedan imaginar.

Entre esos objetos las mujeres eran como muñecos de trapo de colores tajeadas con una navaja para dejar salir el algodón. De ellas, de algún modo, extraíamos una materia cálida e invisible. Sé que se complican mis palabras, que las historias se parecerán casi siempre a un borracho yendo hacia la niebla.

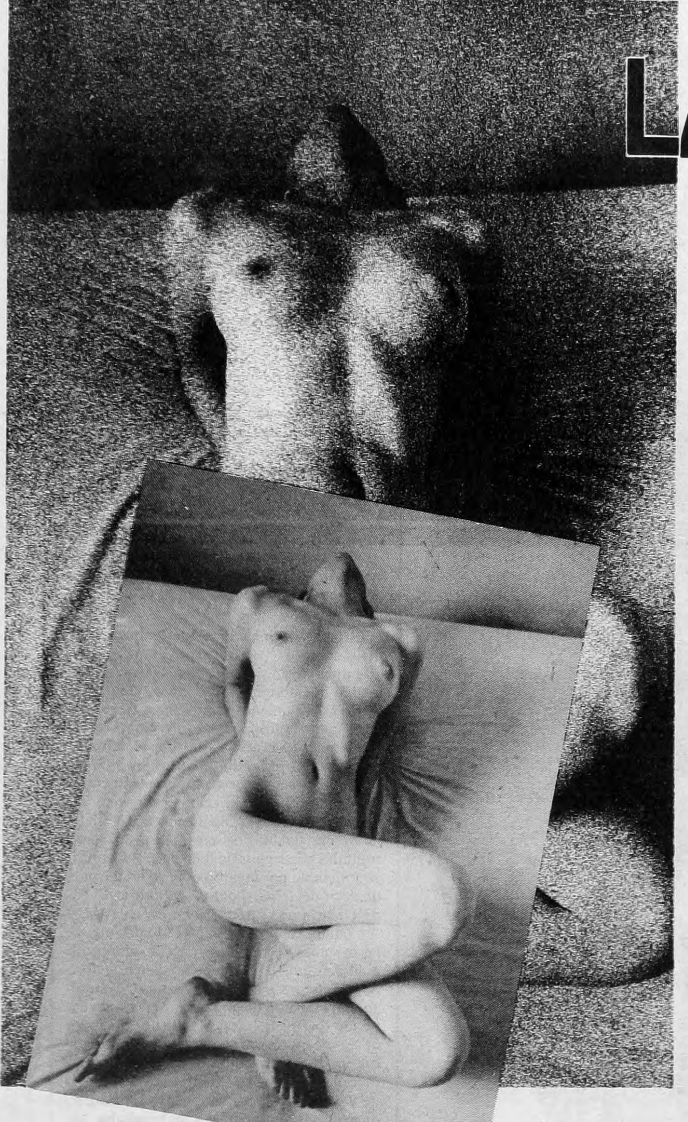
Vuelvo a la recova y a sus escaleras que conducían a ninguna parte. A ese oscuro laberinto de pasillos y puertas entreabiertas. Atravesarlas significaba encontrar una nueva escalera con media docena de escalones ausentes, o sorprender el último gesto de una estrangulada. Alguna vez encontré una niña atada a la pata de su cama jugando con un balero (los baleros eran esferas de madera con un agujero. De la esfera salía un hilo que la unía a un pequeño palo. El truco consistía en introducir el palo en el agujero mientras la esfera giraba libremente. Otra metáfora, como casi todo en aquellos años). Fue mi amiga. Mi novia. Nos sentábamos al borde de la cama y jugábamos. Cuando yo me iba ella se ponía a tejer un abrigo para su muñeca. Nunca llegó a terminarlo porque lo destejía por las noches ovillando prolijamente la única lana con la que contaba y atravesando después las agujas por el centro del ovillo.

Un bombardeo o una demolición —los resultados eran muy parecidos— hizo desaparecer la recova y a mi amiga. Reemplazaron las sólidas casonas con una de esas ágiles y afortunadamente efímeras avenidas que enorgullecían a los ingenieros de la década del 70. Enormes trabajos para nada. Cuando se produjo la prohibición del automóvil y de otro medio similar, las avenidas quedaron tiradas sobre la tierra como las serpentinas de un carnaval de locos. Alcancé a verlas cubiertas de yuyos. No sé si vi o escuché en *La lección de los pájaros* de Candell el sonido de un malvón creciendo en la grieta del asfalto.

El lugar de mi amiga fue ocupado por otros cuerpos. Todos ustedes conocen, por estampas y comentarios, aquella vieja enfermedad que designábamos amor. Una especie de fiebre que nos impulsaba a fregarnos unos contra otros a través de empalagosas ceremonias de asedio y captura. Hembras y machos, contrariando todas las leyes biológicas, nos acosábamos continuamente como animales en perpetuo celo. El disgusto y a menudo la franca repugnancia eran el fin de un camino poblado de señales de agonía confundidas con signos de felicidad. Fui verdugo y víctima, por lo tanto es poco lo que puedo decir del tema. Como todo ahorcado nada bueno puedo apreciar en las cuerdas.

Cuando en 1977 fui capturado por una de las brigadas de limpieza y llevado al famoso matadero municipal hubo alguien que lloró por mí. No recuerdo ni su nombre, ni su sexo. Sin embargo tengo presente las torpes caras de los fusiladores, el ridículo juicio en medio de un basural con el juez sentado sobre un artefacto sanitario y el fiscal apuntándome con una botella de vino. Un grupo de vagabundos acostados entre los desperdicios hacía anotaciones y me insultaba. Me acusaban de no tener propiedad, de no saber manejar automóviles, de un pasado incierto. Por cargos menores habían fusilado a centenares, así que no había posibilidades para mí. Alguien, tal vez esa persona que lloró, consiguió confundir las anotaciones o aplicar un sello más en uno de los biblioratos. En mi lugar fusilaron a un borracho muy delgado que se había quedado dormido contra una pila de escombros. Lo pusieron de pie para dispararle pero el borracho se deslizaba al suelo antes que el pelotón pudiera formarse. Finalmente uno de los carpinteros que contemplaba la ejecución sacó martillo y clavos y lo fijó a la pared. Una de las balas debió arrancar uno de los clavos porque el brazo derecho se descolgó después de la descarga.

Esa misma noche descubrí la seguridad de los cafetines. Me di cuenta de que bastaba quedarse sentado a una mesa con una copa delante para que nada ni nadie me molestara. Tuve la precaución de ubicarme frente a una vidriera, tal como estoy ahora y dejar que el tiempo corriera. Fue, lo sospecho, un gesto desmesuradamente optimista. Los de afuera no dejaron de informarme y a través de la vidriera era imposible no percibir los cambios de gobiernos, las guerras disparatadas. En esa mesa me anunciaron el fusilamiento de Lennon y el atentado contra Gardel. Desde allí asistí a la extinción de los futbolistas, los automóviles, el petróleo y los amantes. Creo que mis piernas se atrofiaron de tanto estar sentado. En mis ojos, en mi cabeza hay un gran charco donde se ahogaron infinitos nombres. Los paisajes en cambio son nítidos. Esta mesa y este cristal a través del cual ustedes me miran no son —ni remotamente— parecidos a los del cafetín. En aquel vidrio había unas letras invertidas y unas viejas cortinas que alguna vez ardieron a causa de un tiroteo o de unos fósforos. De cualquier modo, hablar ante una mesa, tener un vidrio delante, saber que alguien apagará las luces y creerá que duermo es tranquilizador. El miedo, ese viejo perro, aún se ovilla entre mis piernas.



LA PORTADORA

Folletín erótico de Pedro Lipcovich

12. El lacito

A veces alguien abre una lámina de dobleces muy gastados y la mira largo rato, y en sus ojos se ha formado una lágrima pura. Sería inútil atisbar por sobre su hombro, porque se retraería y ocultaría eso tan personal. Es posible, sin embargo, mirar por la ventanita del recuerdo de Viviana. La vemos inmóvil ante la vidriera de un lugar donde se venden cuadros. Viviana adolescente, un día, y el otro, y el otro, mira la figura de la habitación pobre donde vivió pintor, extranjero, en una localidad llamada Arlés. Hay una cama de hombre solo, y sillas para dos. En las paredes del cuadro cuelgan cuadros. Hay una ventana entreabierta y tal vez afuera llueve. Hay un espejo que podría reflejar al que mire el cuadro, hay una toalla que tiene cosido un lacito por donde cuelga de un clavo en la pared. Hay una mesita con cajón, y la ropa del habitante está en un perchero. No hay zapatos. Faltan zapatos en el cuadro y Viviana, inmóvil un día y otro ante la vidriera, imagina los zapatos junto a la cama del hombre. Son unos borceguíes viejos, descuidados: el pintor no tiene mujer; la que cosió el lacito en la toalla ya no está. Y Viviana no ve salir a un hombre muy flaco, de gran cabellera revuelta que le presenta, como si fuese un cartel, un cuadro igual al de la vidriera. Con la prisa del tímido Santiago le dice que se lleve esta lámina, es para ella, la otra están por sacarla de la vidriera, él se la da hoy porque ya no va a venir más porque lo echaron, gracias, él le da las gracias a ella y la deja en la vereda, con el cuadro entre sus brazos.

Santiago también pinta cuadros. Mucha gente, pero no Viviana, le ha preguntado por qué nunca intentó venderlos. Santiago, aunque lo hayamos traído a este folletín erótico, es un hombre casto. En su juventud se propuso ser sacerdote, pero dejó el seminario por parecerle que la Iglesia ofrece demasiadas oportunidades de perder la castidad. Santiago y Viviana tienen una amistad de silencios y mates largos.

El pintor extranjero mira su cuarto, lo ve miserable. Ha sido inútil pintarlo. El pintor abre la puerta para salir, cambia de idea, cierra la puerta y se tiende en la cama, Viviana lo ve quedar inmóvil largo rato. Después el hombre solo empieza a moverse sobre la cama. Se agita con ansia, desde fuera del cuadro se escucha su respiración, el jadeo creciente hasta detenerse, y suspirar. El hombre se levanta pesadamente. Va a tomar la toalla; al tirar de ella rompe el lacito que la sostenía del clavo en la pared. Se limpia con la toalla, la deja caer al suelo, se acomoda la ropa. Va hacia la mesita, busca en el cajón algo, una navaja para tajear el cuadro, no, el cuadro no, va a cortar su propia oreja inútil, y entonces, a sus espaldas, oye una voz. Es ella, que ha vuelto. El hombre deja la navaja en el cajón y se vuelve. Exactamente desde donde está Viviana, la mujer entra en el cuarto. La mujer y el pintor se miran en silencio. Ella ha vuelto. La mujer ve la toalla en el suelo, el lacito roto. "Lo voy a coser." El hombre la ve sentarse en la cama, toma de su bolso hilo y aguja y levanta la toalla que él ha humedecido con su recuerdo. Cuando ella empieza a coser el lacito, el pintor la toma muy suavemente por los hombros, y la besa.

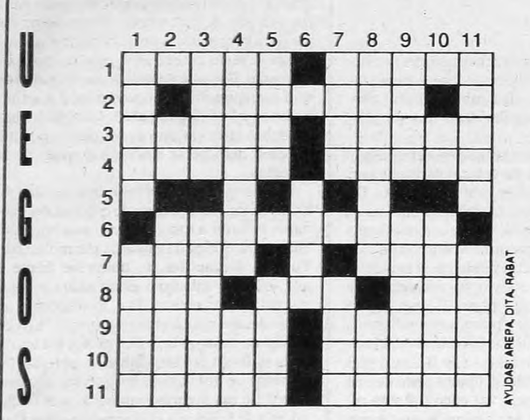
Viviana siempre lleva consigo el cuarto del pintor que le regaló Santiago. Un día, veremos, lo perderá.

(Continuará.)

JUEGOS

CRUCIGRAMA

• Once por Once



HORIZONTALES

1. Lance del ajedrez en que no puede defenderse el rey (pl.). / (Alain) Actor francés.
2. De autor desconocido (fem.).
3. Capital de Marruecos./ Emblema protector de las tribus.
4. Relativo al oso (fem.)./ Insecto transmisor de la sarna.
6. Suplica a las autoridades.
7. Antiguo dios romano, inventor de la navegación./ Capa de agua subterránea.
8. Adorno en forma de huevo./ Yunque de los plateros./ Onomatopeya de ciertos golpes.
9. Hacer telas./ Que profesa la amistad (fem.).
10. Torta americana de maíz./ Cantante de ópera destacada (pl.).
11. Desabridas, sin gusto./ Atrevido.

VERTICALES

1. Que mira demasiado./ Plural de consonante.
2. Símbolo del arsénico./ Criador de pavos.
3. Prohibición sagrada./ Causes enojo.
4. De baja estatura (diminutivo)./ Interjección: sorpresa.
5. El diez en la baraja española./ Preposición: después de.
6. Relación escrita de lo tratado en una junta.
7. Arbol de las Filipinas./ Isla de Japón.
8. Pasión, movimiento del alma./ Adjetivo posesivo (pl.).
9. Envase de hojalata./ Natural de un lugar (fem.).
10. Símbolo del erbio./ Extinguid el fuego.
11. Gnomos./ Quizá, tal vez.

SOPA DE LETRAS

Encuentre en la sopa las palabras de la lista. Pueden estar en horizontal, vertical o diagonal, en uno u otro sentido. Las letras sin usar fomarán un mensaje.

AMAUTA - CIENTIFICO - COMPETENTE - CONOCEDOR - CULTO - DOCTO - DOCTOR - EDUCADO - ENTENDIDO - ENTERADO - ERUDITO - ESTUDIOSO - EXPERTO - LEIDO - PERITO - SABIO.

O	I	B	A	S	L	A	O	O	O	S	R
E	G	E	T	N	T	E	T	D	D	O	O
S	S	V	U	I	R	T	R	A	I	T	D
T	O	D	A	C	U	D	E	R	E	L	E
U	U	O	M	S	A	S	P	E	L	U	C
D	D	E	A	S	A	C	X	T	R	C	O
I	C	O	M	P	E	T	E	N	T	E	N
O	D	I	D	N	E	T	N	E	E	D	O
S	I	O	C	I	F	I	T	N	E	I	C
O	O	T	I	D	U	R	E	T	A	N	L
A	D	O	C	T	O	O	T	I	R	E	P
V	I	R	D	O	C	T	O	R	T	U	D

SOLUCIONES

"Las gentes virtuosas desacreditan la virtud." Hebbel.

J = Torre; K = Rey; N = Dama. L = Caballo; M = Alfil.